

GENTE PRECARIA

LA REBELIÓN DE LOS FRIGORÍFICOS VACÍOS

Prólogos de
OLGA RODRÍGUEZ
DIEGO CAÑAMERO
MANOLO MONEREO

Enric Llopis



alfaqueque
ediciones

ÍNDICE

DARLE LA VUELTA A LA VERGÜENZA, por Olga Rodríguez	7
NUESTRA FUERZA, LA UNIDAD DEL PUEBLO EN LA CALLE, por Diego Cañamero	13
VIVAMOS CON LA ESPERANZA DE CONSTRUIR UNA SOCIEDAD NUEVA, por Manolo Monereo	21
GENTE PRECARIA	25
MANOLO CAÑADA, Campamentos Dignidad Extremadura	33
RAFAEL MAYORAL, abogado y activista social	63
JOSÉ COY, activista social y miembro de la PAH ...	99
VIVIAN NTHI, migrante nigeriana	133
MADA BODE, del activismo político al precariado ..	137
JOAQUÍN SÁNCHEZ, sacerdote, activista de la PAH y del 15-M	141
GUILLERMO GARCÍA, joven migrante español	147
ROSARIO MORCILLO, precaria y activista	151
TONI CARRIÓN, parado de larga duración	155

La crisis global que afecta desde 2008 al conjunto de la periferia europea ha generado un reguero de damnificados, precarios y excluidos. Es ésta una realidad inapelable. En las librerías, las páginas de los periódicos y las tertulias de radio y televisión sobrea-bunda la información sobre la crisis. O más que la información, el ruido. Con una sucesión de tópicos que invitan al conformismo (“los países serios pagan sus deudas”; “empezamos a ver luz al final del túnel”; “las empresas privadas generan riqueza y empleo”; “si se intenta que las grandes empresas paguen impuestos, se producirá una fuga de capitales”; “no hay dinero para sufragar una renta básica”; “aunque sea precario, lo importante es la creación de empleo”); con eco-

nomistas de pizarra que sabiamente imparten ortodoxia neoliberal en un plató de televisión, con la absoluta banalización de problemas que requerirían un punto de pauta y reflexión, o con la política hecha a base de argumentario político-periodístico.

Mucho se ha escrito, también, sobre los afectados y los paganos de la gran recesión: los estafados. Pero lamentablemente se les reduce casi siempre a carne de estadística, a melodrama particular, a anécdota plañidera... El testimonio personal de un afectado por los desahucios, de un multado por la protesta en la plaza, de un joven migrante al norte de Europa, la experiencia de un enfermo grave que no puede costear su tratamiento, o el de un parado de larga duración que sobrevive gracias al apoyo familiar, aparecen entre discusiones a voz en grito de periodistas, anuncios de grandes almacenes o giras oficiales de la corona. Casi peor, se informa de la crisis y sus secuelas como si se tratara de un arcano, de una plaga ignota contra la que no cabe sino la resignación, la “responsabilidad” o a lo sumo pequeños cambios dentro del marco establecido. Muy poco se habla de las raíces profundas de la crisis y de las al-

ternativas “radicales” que se proponen a este sistema que tanto dolor genera.

Plantear en este paisaje poco halagüeño un nuevo libro, siempre desde una perspectiva crítica, y confiar en que se abra un modesto hueco, es algo que se puede hacer desde posiciones muy diferentes. Puede uno reiterar, por ejemplo, la mirada estadística de la crisis que tanto complace a los economistas. Recordar que según el *Informe Foessa sobre Exclusión y Desarrollo Social en España* de 2014, once millones setecientas mil personas (el 25% de la población) vive en situación de exclusión en España; o que según los datos de Eurostat recogidos por Unicef, dos millones trescientos mil niños vivían en el estado español por debajo del umbral de la pobreza en 2013 (el 27,5%); además, según las mismas fuentes, el número de hogares con niños en los que todos los adultos están sin trabajo ha crecido en un 290% desde 2007. O que según el Informe *Cambio Climático 2014* promovido por Naciones Unidas, en España se producen hasta diez mil muertes anuales a causa de la pobreza energética.

Pero la realidad numérica no nos parecía suficiente, aunque pueda aportar preci-

sión y rigor, si se pretendía una aproximación certera y sobre todo más humana a la esencia de esta crisis. La frialdad de la estadística o convertir el sufrimiento que genera la austeridad capitalista en mero objeto de estudio, nos parecía un enfoque alicorto. Otra posibilidad que analizamos fue utilizar una suerte de fórmula descriptiva de los movimientos populares más implicados en la batalla contra la precariedad y el austericidio. Pero éste, aunque interesante, no dejó de parecernos un ejercicio académico bastante al uso. Finalmente, nos decidimos por un formato periodístico que combinara la entrevista en profundidad con el pequeño reportaje, tanto a activistas como a gente común (aunque los primeros predominen en el libro). Es cierto que el oficio (no profesión) del autor, periodista, hacía más sencilla esta aproximación. Pero sobre todo consideramos que era la mejor manera de penetrar en la entraña de la crisis: recoger el testimonio y la experiencia vital de los afectados. Cómo la sufren, de qué modo se movilizan, de dónde obtienen las energías, en qué movimientos se enrolan y qué alternativas plantean.

No hemos propuesto entrevistas y reportajes encorsetados, rígidos, con preguntas previsibles que pudieran responderse, cómodamente, desde un gabinete de comunicación. Intentamos que los personajes que aparecen en este libro nos revelaran su intimidad, lo que les mueve a la acción, qué opinan sobre cuestiones de calado que afectan a la gente común o por las que se podría preguntar un activista (por qué ante tanto sufrimiento la gente no sale masivamente a protestar, las relaciones entre izquierda política y movimientos sociales, las posibilidades de proyectos autogestionarios dentro de economías capitalistas, la idea de liderazgo en las organizaciones populares, las prevenciones ante el sectarismo, el miedo, las relaciones humanas dentro de la militancia, las limitaciones del 15-M, las grandes conquistas de la PAH o la renta básica como herramienta de lucha política). No pretende ser éste un libro para la militancia, de hecho, si se acerca a ésta es desde un punto de vista crítico. En todo caso, para la gente común que ha llegado a los movimientos como única vía práctica de salvación personal, ante una devastadora crisis que no tiene piedad. No hemos preten-

dido, tampoco, caer en la banalidad de lo pre-
visible, ni en el “ladrillo” alumbrado por un
intelectual en su torre de marfil. Pero será el
lector quien juzgue el trabajo...

ENRIC LLOPIS

MANOLO CAÑADA
Campamentos Dignidad de Extremadura

«Sin fe no hay victoria»

*H*e tenido la fortuna de conocer el trabajo manual e intelectual; no digo que sea mejor ni peor, pero te da una conciencia especial. Manolo Cañada, de cincuenta y dos años, es uno de los dirigentes de los “Campamentos Dignidad”, surgidos en Mérida el año 2013 en las colas del SEPE, la oficina estatal de empleo. El activista participó desde el inicio de la crisis en todos los precedentes que cristalizaron en los Campamentos: la Coordinadora Anticapitalista (2008), las asambleas de parados y el colectivo “La Trastienda” por los derechos sociales. Buscando precedentes más remotos, Cañada empezó a militar, en el PCE, cuando estudiaba en el instituto por el año 1977 en Navalvillar de Pela (Badajoz), aunque su padre (*un jornalero de toda la*

vida) prefirió el partido socialista. En los años 60 la familia emigró a Madrid, donde vivió en diferentes barriadas obreras (*como otros muchos extremeños que se desplazaron a Suiza, Alemania, Cataluña, Euskadi o la capital*).

Después de estudiar sólo tres meses en la escuela de Magisterio, con dieciocho años empezó a trabajar. Conoció los trabajos físicos más duros, como la mayoría de los peones de la época: de jornalero, en la construcción y en hostelería. Por esa diversidad de experiencias se considera Manolo Cañada muy afortunado. Cuando en 2003 abandona las responsabilidades en IU (*siempre estuve muy próximo a Anguita, recuerda*), se dedica a la formación de adultos y migrantes. Estudia la carrera de Educación Social. Trabaja en el centro de refugiados de Mérida (*fue éste el campo al que pretendía dedicarme*) pero también en el sector del telemarketing. En los primeros años de 2000, cuando nace el movimiento contra la globalización, el activista extremeño se vincula y participa. Se monta en el autobús y en treinta y tres horas llega, partiendo de Mérida, al Foro Social de Florencia. *De todo aquello viene*

el ‘no nos representan’, antes que el 15-M lo popularizara. Los foros sociales de Mérida y Extremadura no fueron sino rescoldos del movimiento de protesta global. Después llegó la crisis. Y, con ella, otras formas de organizar las resistencias. En las que lleva tres décadas militando. *Esa es mi historia,* concluye.

PREGUNTA. En la izquierda puede constatar una fractura entre el trabajo manual e intelectual, que afortunadamente en tu caso has sabido integrar. En muchas ocasiones no hay punto medio entre el “intelectualismo” y el “activismo” desmedido. ¿Cómo resolver esta disyuntiva?

RESPUESTA. En los movimientos sociales se ve esa división, y en los partidos mucho más. A veces se decía que la práctica sin teoría es “praticonería” y que la teoría sin práctica es “narcisismo”. Desgraciadamente de eso nos encontramos muchísimo. Gente a la que le sobran unos cuantos libros, y otra a la que le falta “parar la pelota” del activismo para que la praxis sea creativa. Práctica no es lo mismo que praxis, algo que sabían muy bien los veteranos. La praxis es práctica, pero si lleva aderezada una

reflexión teórica. Al mismo tiempo, la teoría sin conexión con el sufrimiento de la gente y el dolor social se convierte en especulación. Desgraciadamente, la gente que decide en los partidos, en los sindicatos y en los propios movimientos se refugia muchas veces, en mi opinión, detrás de la jerga y los códigos militantes. Detrás de un saber determinado. Es algo que les pasa a las organizaciones que se están quedando más caducas. Tienen un miedo a la calle enorme. Un gran miedo a contaminarse de la gente común. Quiero decir que hay que combatir el “tecnicismo” especulativo. Lo hemos visto por ejemplo en el “negrismo”. Cuando los escuchas hablar en términos postmodernos, de Negri de Deleuze, sobre la multitud, la desterritorialización, la biopolítica... Es una jerga que les defiende precisamente de los comunes.

P. En tu biografía militante, has dedicado la última etapa a la organización de los Campamentos Dignidad. ¿En qué consiste la iniciativa y cómo se desarrolla?

R. Los Campamentos Dignidad son una creación de la clase obrera de Extremadura. El primero surge el 20 de febrero de 2013 en Mérida. Una semana después nace el

campamento de Plasencia, y tres semanas más tarde los de Almendralejo y Badajoz. Los Campamentos Dignidad surgen en las puertas de las oficinas de empleo. Para mí, que llevo treinta años militando, es una de las experiencias más valiosas en las que he participado. Han sido capaces de organizar algo que todo el mundo decía que era “inorganizable”: los parados. Todo el mundo está harto de escuchar la cantinela de que los parados no se movilizan. Pues bien, los campamentos han demostrado no sólo que se mueven, sino que han articulado el movimiento social más influyente en Extremadura. El que agrupa a más gente y con mayor capacidad de lucha. Además, no sólo se trata de parados, sino también de otra mucha gente. Los parados son capaces de generar hegemonía en otros sectores. Los Campamentos Dignidad rompen en primer lugar con esa milonga. En segundo lugar, los Campamentos Dignidad han sido capaces de crear una comunidad de lucha. De superar lo que venían siendo las asambleas de parados, por un lado, y las oficinas de derechos sociales. Comunidades que no sólo batallan por la renta básica, o en contra de los cortes de agua

y los desahucios, sino que se encargan de gestionar el reparto de alimentos, organizar un ropero o impulsar la recogida y reparto de material escolar. Un tercer punto importante es convertir la renta básica en otra cosa.

P. El debate parece bastante confuso. Hay quien plantea la renta básica universal, otros defienden la renta básica de las iguales, en otros casos el límite se pone en una renta de inserción. Por no hablar de economistas críticos que cuestionan la renta básica pues señalan que no hay recursos para costearla...

R. Un periodista hizo un reportaje con un titular muy bonito: “Campamento Dignidad: el corazón de la renta básica”. Lo que nosotros hemos conseguido es que la renta básica no sea el típico debate académico ni una tesis doctoral, sino un instrumento de lucha y dignidad. Y algo también muy importante. Ha conseguido ser un instrumento de alianza entre sectores de las clases trabajadoras a las que habitualmente es muy difícil unir. Porque es muy difícil unir a la gente de las barriadas más machacadas con los jóvenes precarios y con estudios; o a los precarios de la construcción con los becarios postdoctorales.